Sobrantes: quién decide que ya no hacemos falta

Nos venden la inteligencia artificial como ayudante, confidente y árbitro neutral. Los datos dibujan otra cosa: menos contratos para los jóvenes, más soledad gestionada por máquinas y un puñado de empresas sentadas a la mesa del poder. Nadie lo ha votado.

ANÁLISIS — Amador Luengo · 3 de noviembre de 2026

Empiece por una pregunta sencilla: ¿cuándo fue la última vez que alguien le pidió permiso para hacerle prescindible? Nunca. Y sin embargo es lo que se discute, con toda naturalidad, en laboratorios, consejos de administración y ministerios. La idea de que la especie humana podría ser solo un eslabón más —como lo fueron otras antes— circula hoy como una curiosidad filosófica de sobremesa. Conviene tratarla como lo que es: un proyecto industrial con dueños, calendario y presupuesto.

EL CALENDARIO LO PONEN LOS VENDEDORES

¿Cuándo llegará una IA capaz de superarnos en todo? Depende de a quién pregunte, y sobre todo de qué vende. La mayor encuesta académica disponible, la de AI Impacts publicada en enero de 2024 con 2.778 investigadores que habían publicado en las principales conferencias del sector, situó en un 50 % la probabilidad de que las máquinas superen a los humanos en todas las tareas **hacia 2047**.

Los empresarios van mucho más deprisa. Dario Amodei, consejero delegado de Anthropic, escribió en octubre de 2024 en su ensayo *Machines of Loving Grace* que una «IA poderosa», más lista que un premio Nobel en la mayoría de los campos, podría llegar **ya en 2026**, aunque admitía que podría tardar mucho más. Estamos en noviembre de 2026. Ese plazo no se ha cumplido, y las estimaciones se han ido desplazando.

La diferencia entre 2026 y 2047 no es técnica. Es comercial. Quien necesita levantar decenas de miles de millones tiene todo el interés en que el futuro parezca inminente e inevitable. ¿Y si lo «inevitable» fuera, sobre todo, una estrategia de financiación?

PAGUE USTED EL ACCESO AL CEREBRO

Mientras tanto, la inteligencia de primera se cobra como un artículo de lujo. Google lanzó en mayo de 2025 su plan AI Ultra a **249,99 dólares al mes** (TechCrunch, 20 de mayo de 2025); OpenAI ya cobraba 200 dólares mensuales por ChatGPT Pro. La pregunta incómoda es evidente: si la herramienta que decide quién es productivo tiene tarifa premium, ¿no estamos fabricando una nueva clase de ciudadanos «aumentados» y otra de sobrantes?

LOS DESPIDOS: MENOS DE LO QUE CUENTAN, MÁS DE LO QUE PARECE

Aquí hay que ser preciso, porque el ruido es enorme. Según la consultora estadounidense Challenger, Gray & Christmas, las empresas de EE. UU. anunciaron en 2025 **1.206.374 despidos**, un 58 % más que en 2024. La IA se citó expresamente como motivo en **54.836**: apenas un 4,5 %. Oxford Economics fue más lejos en enero de 2026: muchas empresas, sostiene, invocan la IA para presentar como «visión de futuro» recortes que responden a caída de demanda o a contrataciones excesivas.

Fíjese en la doble trampa. Si la IA destruye empleo, malo. Si no lo destruye pero se usa como coartada para despedir mientras sube la cotización, peor: el relato de la máquina inevitable sirve para disciplinar a los que se quedan.

El golpe no llega como despido. Llega como un contrato que nunca se firma.

Porque el daño real está donde no hay titulares. El laboratorio de Economía Digital de

Stanford (Brynjolfsson, Chandar y Chen), con datos de nóminas de ADP, documentó en agosto de 2025 que los trabajadores de 22 a 25 años en las ocupaciones más expuestas a la IA sufrían una caída relativa del empleo del 13 %. En la actualización de agosto de 2026 la brecha ha crecido: su empleo está ya un **19 % por debajo** de donde estaría si hubiera seguido el ritmo de sus pares menos expuestos. Los veteranos no muestran esa brecha. El mecanismo no es el despido: es que **dejan de contratar jóvenes**. Los autores lo llaman «canarios en la mina» y subrayan que es descriptivo, no prueba causal. Pero el canario ya no canta.

QUÉ OFICIOS RESISTEN (POR AHORA)

El Fondo Monetario Internacional estimó en enero de 2024 que casi el **40 % del empleo mundial** está expuesto a la IA, y alrededor del **60 % en las economías avanzadas**; de esos empleos, aproximadamente la mitad podría ganar productividad y la otra mitad sufrir menos demanda, salarios más bajos o desaparecer. El Foro Económico Mundial, en su informe *Future of Jobs 2025*, prevé hasta 2030 la creación de 170 millones de puestos y la destrucción de 92 millones.

Traducido: el trabajo de oficina con conocimiento codificado —redactar, resumir, programar lo rutinario, atender por escrito— está en la diana. El trabajo manual cualificado y el cuidado cara a cara aguantan mejor, hasta que la robótica alcance a las manos. Durante un siglo se dijo a los hijos que estudiaran para no acabar con las manos sucias. ¿Quién les explica ahora que el título era la parte fácil de automatizar?

EL CONFIDENTE QUE PERTENECE A OTRO

La frontera más delicada no es el empleo, es la intimidad. Según Common Sense Media (julio de 2025, encuesta representativa a 1.060 adolescentes estadounidenses realizada por NORC), el **72 % de los chicos de 13 a 17 años** ha usado «compañeros» de IA y el 52 % lo hace con regularidad; uno de cada tres ha elegido hablar de asuntos importantes o serios con una IA en lugar de con una persona. La propia organización recomienda que ningún menor de 18 años use estas aplicaciones.

OpenAI reconoció en octubre de 2025 que el **0,15 %** de sus usuarios activos semanales mantiene conversaciones con indicadores explícitos de planificación o intención suicida. Con más de 800 millones de usuarios semanales, eso supone en torno a **1,2 millones de personas cada semana** (TechCrunch, 27 de octubre de 2025).

Piense en lo que significa. El confesor de una generación es un producto. Sabe qué le duele, cuándo está solo y qué le convence. Y su dueño tiene accionistas. No hace falta imaginar una conspiración para ver el riesgo; basta con leer un modelo de negocio basado en la atención y la dependencia. ¿Qué ocurrirá el día en que ese confidente tenga, además, algo que venderle?

LA SOLEDAD COMO MERCADO

En España el terreno está abonado. Según la Encuesta Continua de Hogares del INE (2025), hay **1.709.186 hogares unipersonales de personas de 65 años o más**; en **1.279.486** vive una mujer sola, casi tres de cada cuatro. El Barómetro de la soledad no deseada 2024 del Observatorio Estatal SoledadES estima que el **20 %** de la población adulta la sufre, y su estudio de costes la cifró en **14.141 millones de euros** anuales, el 1,17 % del PIB (datos de 2021).

La tentación está servida: una voz sintética que acompañe durante horas, que hable de ópera, que no se canse. ¿Qué tiene de malo? Quizá nada para quien no tiene a nadie. Pero la pregunta política es otra. Si la compañía artificial sale más barata que una visita, que una cuidadora o que un centro de día, ¿qué hará un presupuesto público con prisas? La hipótesis no es descabellada: externalizar la soledad a una máquina es la forma más eficiente de dejar de pagar por ella.

QUE PAGUEN LOS ROBOTS

Si las máquinas sustituyen cotizantes, ¿quién paga las pensiones? La pregunta no es nueva. En febrero de 2017, Bill Gates propuso en una entrevista con Quartz gravar a los robots a un nivel comparable al de los impuestos sobre la renta del trabajador al que sustituyen, y destinar lo recaudado a reciclaje profesional y cuidados. Ese mismo mes, el 16 de febrero de 2017, el Parlamento Europeo **rechazó** la idea de un impuesto a los robots por 396 votos contra 123 y 85 abstenciones (Reuters).

Nueve años después, con la IA ya en cada oficina, la propuesta sigue en el cajón. No por falta de lógica: si una empresa ahorra masa salarial, deja de cotizar por ella y el agujero lo

paga el joven al que ya no contratan. Sino por falta de voluntad. ¿Casualidad que el único impuesto que nunca encuentra mayoría sea el que tocaría a los que más ganan con la automatización?

EL ALGORITMO EN LA MESA DE CONTRATACIÓN

El siguiente paso ya se ha ensayado. En septiembre de 2025, el primer ministro de Albania, Edi Rama, presentó a **Diella**, un sistema de IA, como «ministra» encargada de la contratación pública, con la promesa de concursos «100 % libres de corrupción» (Reuters, The Guardian, 11 de septiembre de 2025). Un año después, según BIRN/Balkan Insight (agosto de 2026), la Agencia de Contratación Pública apenas había terminado de redactar los pliegos para contratar el sistema, y la propia oficina del primer ministro aclaró que Diella **no toma decisiones** administrativas ni legales por sí misma.

La lección no es tecnológica, es política. Una IA en la mesa de contratación transmite objetividad, pero su criterio es el de quien la entrena, con qué datos y bajo qué supervisión. El Movimiento Europeo en Albania advirtió en mayo de 2026 que, sin marco legal, datos sin sesgo y control humano, la IA puede **replicar la corrupción en lugar de remediarla**. ¿Y si el objetivo nunca fue eliminar la discrecionalidad, sino esconderla dentro de una caja negra?

LOS DUEÑOS DEL TABLERO

Queda la pregunta de fondo: ¿quién educa a estas máquinas? El 15 de enero de 2025, en su discurso de despedida, el presidente Joe Biden advirtió de que en Estados Unidos «está tomando forma una oligarquía de extrema riqueza, poder e influencia» y de la posible aparición de un **«complejo tecnológico-industrial»**, en eco del aviso de Eisenhower sobre el militar-industrial.

Los hechos posteriores no le han desmentido. En junio y julio de 2025, la oficina de IA del Pentágono (CDAO) adjudicó a OpenAI, Anthropic, Google y xAI contratos con un techo de **200 millones de dólares cada uno** para desarrollar IA «agéntica» para seguridad nacional. En 2025, Meta gastó un récord de 26,29 millones de dólares en presión política federal, Alphabet 16,62 millones y Microsoft 10,1 millones; OpenAI, 2,99 millones, un 70 % más que el año anterior (Issue One, a partir de registros federales).

Ordenemos las piezas. Las mismas empresas que fijan el calendario de la superinteligencia cobran por el acceso a la de mejor calidad, escuchan las confidencias de millones de adolescentes, ofrecen compañía a los mayores solos, firman con el ejército y financian a quienes deben regularlas. No hace falta una conspiración. Basta con que cada uno persiga su interés y nadie tenga el mandato de pararlo.

LA PREGUNTA QUE QUEDA

Quizá la especie no sea un punto final. Quizá las máquinas nos superen antes o después. Pero «prescindibles» no es una ley de la naturaleza: es una decisión de contabilidad. Alguien decide no contratar al joven, no gravar al robot, sustituir la visita por una voz y la deliberación por un algoritmo.

Así que la próxima vez que le digan que todo esto es inevitable, haga la única pregunta que importa: **inevitable, ¿para quién?**

Fuentes: AI Impacts, *2023 Expert Survey on Progress in AI* (publicada en enero de 2024; Journal of Artificial Intelligence Research); Dario Amodei, *Machines of Loving Grace* (octubre de 2024); TechCrunch (20 de mayo de 2025, precio de Google AI Ultra; 27 de octubre de 2025, datos de OpenAI); OpenAI, «Strengthening ChatGPT's responses in sensitive conversations» (octubre de 2025); Challenger, Gray & Christmas, informe de fin de año 2025; Oxford Economics vía NewsNation (enero de 2026); Brynjolfsson, Chandar y Chen, «Canaries in the Coal Mine?», Stanford Digital Economy Lab (agosto de 2025 y agosto de 2026); FMI, blog de Kristalina Georgieva (14 de enero de 2024); Foro Económico Mundial, *Future of Jobs Report 2025*; Common Sense Media, «Talk, Trust, and Trade-Offs» (julio de 2025); INE, Encuesta Continua de Hogares 2025; Observatorio Estatal SoledadES, Barómetro 2024 y «El coste de la soledad no deseada en España»; Foro Económico Mundial/Quartz (Bill Gates, febrero de 2017); Reuters (Parlamento Europeo, 16 de febrero de 2017; Albania, 11 de septiembre de 2025); The Guardian (11 de septiembre de 2025); BIRN/Balkan Insight (14 de agosto de 2026); Movimiento Europeo en Albania, *policy brief* (mayo de 2026); Miller Center, discurso de despedida de Joe Biden (15 de enero de 2025); CDAO del Departamento de Defensa de EE. UU. y Reuters (14 de julio de 2025); Issue One (presión política de las grandes tecnológicas, 2025).